

que la mejoría no se lograra entonces, sino mucho despues, lo qual bien podría suceder: ya porque las mas enfermedades, cuya cura se propone en las observaciones, son curables por la naturaleza sola, y de hecho cada dia se ven curar sin remedio alguno: y así no puede saber el Médico si á él, ó á la naturaleza se le debe la mejoría.

60. Todo el mundo tiene presentes las Observaciones de Riverio, que no son las que corren con menos aplauso. Y subiendo el número á quatro centenares, apenas se hallará una, que no sea defectuosa por alguno de los expresados capítulos. Es cosa graciosa verle jactar á este Autor de que curó una cólica biliosa (a) con quatro sangrías, y quatro purgas, entreveradas con ayudas, emolientes, anodinos, y otros remedios, en que necesariamente se habian de consumir muchos dias; quando se termina en menos tiempo, por lo comun, esa enfermedad, entregada á la naturaleza, ó manejada con mucho menos medicina. Es muy creible que en aquel caso mejoraría mas presto el enfermo, si no le hubiera gastado tanto las fuerzas la fiereza del Médico. ¡Quántas veces, habiéndose interpolado varios remedios, atribuye la victoria, no mas que porque quiere, á su agua theriacal, ó á otro medicamento de su invencion! Es mucho lo que podia decir de la inutilidad de estas observaciones, que solo en el nombre son tales. El hacer observaciones fructuosas pide gran sabiduría, gran perspicacia, y gran sinceridad, y estas prendas juntas no se hallan á cada paso. Es verdad que entre los Autores modernos algunos han trabajado en esta materia con mucho mayor cuidado, y discrecion que los antiguos: y si los demas que van succediendo los fueren imitando, puede esperar muchos adelantamientos la Medicina, que hasta ahora está muy imperfecta.

(a) *Centur. 4. observ. 75.*

§. XI.
61. NO sé si será muy grato á los Médicos este desengaño que doy al público de la incertidumbre de la Medicina. A lo que puedo discurrir, de algunos desde luego me puedo prometer el enojo. Supongo declarados contra mí á los de corto estudio, y aun mas limitado entendimiento: porque estos juzgan que tienen un tesoro de infalible doctrina en aquel Autor á quien dieron la obediencia. A que se añadirá el temor de que si se da en ahorrar de medicinas, tambien se ahorrará de Médicos: y en ese caso serán algunos de ellos descartados. Pero en este punto pueden vivir sin cuidado; porque el mundo siempre será el mismo que fue: ni hay ingeniero capaz de torcer el curso á los impetuosos rios de preocupaciones, y costumbres universales. ¡Quánto declamaron contra Médicos, y Medicina, y pasando mucho, á la verdad, la raya de lo justo, en España Quevedo, en Italia el Petrarca, en Francia primero Montaña, y despues Moliere! Sus escritos son leídos, y celebrados; pero las cosas se quedaron como se estaban. Yo me contentára con persuadir á algunos pocos que se acaban la vida con los mismos medios que buscan para restablecer la salud.

62. Entre los Médicos discretos, y doctos, habrá de todo; porque algunos son de candor tan generoso, que ellos mismos propalan la insuficiencia de la Medicina, y su perplexidad propia: pero á otros, que no son dotados de ánimo tan noble, no les desagrada ver que se confie en la Medicina mucho mas de lo que se debe: y como esta estimacion del arte pára por reflexion en los Profesores, no los lisonjeará mucho quien los litigue esa posesion. Acaso este motivo fue el que ensangrentó algunas plumas contra el Doctor Boix, cuya sinceridad, y zelo del bien público merecian diferente tratamiento.

63. Y que algunos Médicos doctos por pura política, occultan lo que sienten de la ninguna seguridad de su arte, consta por experiencia. Ballivio, que larguísimamente se lastima del infeliz estado en que se halla la Medicina, sin em-

embargo se vuelve mas de una vez contra algunos pocos Autores, que manifestaron al mundo su falencia, tratándolos de imprudentes, porque con este desengaño desautorizaron á los Profesores. Gaspar de los Reyes en su Campo Elisio (a) pone en tan alto punto los riesgos de su profesion, que no encuentra caso alguno en que el Médico obre con seguridad del acierto. Así dice, hablando de sí, y de los demás: *Quis enim est, qui semel non erret? Aut quis, qui semel tantum erret? Dubito an semper non erremus.* No digo yo tanto. En otra parte asienta que frecuentemente yerran las curas los Médicos mas sabios: *Perfettissimi sæpè Medici in varios rapiuntur errores.* Sin embargo, este desengañado Médico no fue desengañador en igual grado; porque despues de advertir que á los discretos, y doctos pueden confesar los Médicos sus errores, como á gente que conoce la obscuridad suma, y dificultad insuperable de la Medicina; añade que se los oculten al ignorante, y rudo vulgo, el qual imagina en el Médico mucho mayor conocimiento del que verdaderamente tiene, ni puede tener: *Cæterum apud rude, & indoctum vulgus, & quod in Medico plus credit, quam habet, aut habere potest, si quando errare contingat, ego tacere potius duxerim, quam peccatum fateri.* Concluyendo con la razon de que esta confesion de los errores propios no le sirve de nada, ni al Médico, ni al enfermo: *Præsertim cum ex tali confesione nihil utilitatis ægro, aut Medico accedere possit.*

64 Pero yo por el contrario, hallo grande utilidad de los enfermos, y no poca de los Médicos, en este desengaño. De los enfermos: porque instruidos de la poca seguridad, que hay en la Medicina, de que apenas hay remedio, que carezca de peligro: que los Médicos mas acreditados de sabios cometen varios errores: que muchas veces que convalecen de sus dolencias, solo á la naturaleza deben la mejoría, y al Médico no mas que la mala obra de retardársela, con otras cosas á este tono; se irian mas poco á poco

(a) Quest. 20.

en medicarse: con que conservarían mas enteras sus fuerzas; no gastarían inútilmente, á veces con notorio daño, en las Bóticas el dinero que necesitan para otras cosas; dexarán á la naturaleza aquellos accidentillos de poca monta, que ella por sí misma cura, y en los quales, dado que la Medicina pueda ayudar algo, mas es el daño que hace por otra parte: contentaríanse con arreglar el régimen, y quando mas tomar una, ú otra vez alguna cosita muy leve en las indisposiciones habituales, que vienen del nacimiento; sabiendo, que como inseparables del temperamento, no se las podrá curar Médico alguno de el mundo; por mas que les hablen de curas radicales, que no hay *in rerum natura.* Con este desengaño muchas señoras delicadas dexarán de ser molestas á sus maridos, y familias, servirán útilmente al público muchos hombres, que se hacen inútiles, por estar medicándose á cada paso. Estos, y otros muchos provechos, que traerá el conocimiento de lo poco que se puede esperar de la Medicina, me movieron á hacer esta advertencia al público; y los Médicos deben en conciencia, como dixé arriba, concurrir por su parte al desengaño.

65 A los Médicos mismos les está esto muy bien: por lo menos á los doctos, y acreditados de tales; pues á estos nunca les faltarán salarios, y empleos: suponiendo que nunca ha de llegar el caso, ni es razon de echar á todos los Médicos del mundo, como se dice que en un tiempo los echaron de Roma; y por otra parte no serán molestados sin propósito, y sin necesidad, de enfermos, y aun de sanos impertinentes, y ridículos. No los llamará á cada paso, ni la melisendra, que todas las horas quisiera que la estuviese tomando el Doctor el pulso; ni el maniaco por naturaleza, enfermo imaginario, como el de la Comedia de Moliere, que está dando gritos quando no le duele nada; ni el viejo semidecrépito, que juzga que pueden alexarle muchas leguas de la sepultura las drogas de la Botica. Con esto tendrán mas tiempo para estudiar, y para reflexionar sobre lo que estudian, y lo que experimentan, como tam-

bien para asistir á las disecciones anatómicas: los mas eminentes estarán mas desocupados para escribir libros. De esta suerte los Médicos se harán mas doctos, y la Medicina irá dando cada dia ácia la perfeccion, de que es capaz, algunos pasos.

66 Yo no estoy mal con la Medicina; antes la amo mucho. Sé que el Espíritu Santo la recomienda: aunque alguno pudiera responder que la Medicina recomendada en la Escritura no es la que hoy se practica. Es cierto que hay males que no puede vencer la naturaleza por sí sola, y los vence con el auxilio de la medicina, como se palpa en la infeccion venerea. Confieso que en los males de manifesto peligro es prudencia acudir á su socorro, y que muchas veces la prontitud repentina del efecto saludable mostró ser causa suya el remedio dado á tiempo; porque la naturaleza por sí sola no acostumbra esas mudanzas repentinas: que han hecho muchos milagros el opio, la quina, los eméticos, y otros muchos medicamentos de manifesta actividad; solo estoy mal con que las promesas del Médico se extiendan adonde no llegan su ciencia, y su poder; y que quando va palpando sombras, se ostente coronado de rayos.

67 Si acaso en una, ú otra expresion he figurado los riesgos de la curacion algo mas abultados de lo que dicta la razon, eso mismo pudo ser prudencia, que tiene en su patrocinio altísimos exemplos: porque estando el vulgo tan torcido ácia el extremo de un ciego asenso á todos los preceptos del Médico mas ighorante, es menester inclinarse algo al extremo opuesto, para que quede en la rectitud debida. Y si bien que yo en todo este Discurso he hablado debaxo de la sombra de ilustres Autores Médicos, pues lo que he dicho de mi propia advertencia, lo he propuesto, no como regla, sino como duda; si alguno se complaciere en contradecirme, me dará ocasion de añadir, en escrito á parte, mucho que he omitido en este asunto, por no hacer el Discurso demasiadamente largo.

68 Y concluyo exhortando á todos, que en la eleccion de

de Médico, tengan presentes las siguientes circunstancias. La primera, que sea buen Christiano; porque teniendo presente la estrecha cuenta que ha de dar á Dios de sus descuidos, atenderá con mas seriedad al cumplimiento de su obligacion, y se aplicará con mas conato al estudio de su facultad. La segunda, que sea juicioso, y de temperamento no muy igneo; porque aun en los mas discretos el fuego del natural suele llenar de humo la razon. La tercera, que no sea jactancioso en ostentar el poder, y seguridad de su arte; porque siendo cierto que no hay tal seguridad en ella, es fixo que el que la propone tal, ó es muy ignorante, ó muy engañador. La quarta, que no sea adicto á systema alguno filosófico, de modo que regle por él la práctica; porque este está, sin comparacion, mas expuesto á errar, que el que se gobierna por la experiencia, así suya, como de los mejores Autores prácticos. La quinta, que no sea amontonador de remedios, especialmente mayores, salvo en caso de una urgencia apretadísima, que no conceda tregua alguna: teniendo por cierto que todo Médico que decreta, y receta mucho, es malísimo Médico, aun quando supiese de memoria todo quanto se ha escrito de la Medicina.

69 La sexta, que observe, y se informe exáctamente de las señales de las enfermedades, que son muchas, y se toman de muy varias fuentes. Los Médicos comunes, en tocando el pulso, y viendo la orina, y eso bien de paso, al instante toman la pluma para la receta. El pulso es una señal muy obscura, y la orina muy falible; ni se puede hacer concepto algo seguro de la enfermedad, y de sus causas (salvo una, ú otra vez, que están muy á la vista) sin atender al complexó de muchas circunstancias, ya concomitantes, ya antecedentes. Por no detenerse los Médicos en esto, se ocasionan tan graves errores en la capitulacion de las enfermedades. ¡Quántas veces un costado se declara por flato, y al contrario!

70 La séptima, que correspondan por lo comun los sucesos á sus pronósticos. Digo por lo comun, porque acertar siem-

siempre en esta materia, no es de hombres, sino de Angeles. Casi con esta advertencia se excusaban todas las antecedentes; pues con ella sola puede conocer el hombre mas rudo cuál Médico es sabio, y cuál ignorante. El que tiene acierto en pronosticar, es cierto que conoce el estado presente de la enfermedad; pues solo por lo que hay ahora, se puede conocer lo que ha de suceder despues. Al contrario, el que comunmente yerra los pronósticos, es fixo que no sabe palabra de Medicina. Así como el que en los Almanagues errase los tiempos de las lunaciones, y de los eclipses, nadie dudaría de que no sabía palabra de Astronomía.

71 Algunos consideran el arte de pronosticar como una facultad separable de la curativa; y así, suelen celebrar á un Médico para el pronóstico, y á otro para la cura. Es notable error; pues por lo que diximos, es imposible que acierte con la cura, el que yerra el pronóstico. Este yerro depende de que no hizo recto juicio de la enfermedad; y errando el concepto de la enfermedad, ¿cómo ha de acertar con la curacion, sino es que sea por mera casualidad? Aun quando fuera posible curar mal el que pronostica bien, y curar bien el que pronostica mal, se debiera hacer mas estimacion del primero que del segundo. La razon es fuerte, y grande; porque de errar la cura, solo se arriesga la salud temporal del cuerpo; de errar el pronóstico, se arriesga muchas veces la salud eterna de la alma. En una enfermedad maligna, y alevosa dice el Médico ignorante que no es nada; que aquello es una ligera crudeza del estómago, que se quitará el dia siguiente con un xarabillo. Con esto descuidan el enfermo, y los asistentes de las prevenciones christianas con que se debe esperar la muerte. Entretanto la repentina escalada de un delirio ocupa el alcazar de la razon, y viene á morir el enfermo, no solo como pudiera morir un pagano, mas aun como muere un bruto. ¡Ay Dios, y cuánto de esto sucede, por permitirse á muchos ignorantes la práctica de la Medicina! El mayor crimen, ú el único, que atribuyen

á los Médicos indoctos, es ser homicidas de los cuerpos. No es ese el mayor, sino que á veces son reos de la muerte eterna de las almas.

72 Otros mas cautos, ó mas dolosos, por un artificio vulgarizado siguen el partido opuesto. De qualquiera enfermo, en quien encuentran algo de fiebre, dicen que tiene un grande aparato: que el accidente es peligroso; arrúganse la frente, arqueáanse las cejas, dánse varios órdenes, pónese en cuidado á toda la gente de casa, al fin se ofrece visitar con frecuencia, y executar quanto cupiere en el arte. Hecha esta prevencion, lo que se sigue es, que si el enfermo muere, elogian la comprehension de el Médico, que desde el principio penetró la escondida malignidad de la dolencia. Si sana, engrandecén la cura, y dan á Dios mil gracias de que el enfermo haya caído en las manos de un Médico tan valiente, que pudo vencer la fuerza de una enfermedad gigante.

73 Por la culpa de tales Médicos no se morirán los enfermos sin Sacramentos; pero lo que sucede á veces es, morirse sin tener enfermedad para tanto; porque, cayendo estas amenazas en enfermos pusilánimes, se entristecen, y conturban, de modo que el mal que era muy ligero, se hace grave. Todo es harto malo; aunque lo primero es peor. Señores Médicos (hablo con aquellos, que, ó con poco estudio se dan á este ministerio, ó abarcan mas enfermos de aquellos que puede comprehender su atencion), tengan presente, que algun dia los Angeles, á quienes estuvo encomendada la custodia de sus enfermos, los han de acusar delante de Dios, y ponerles presentes, ya los que murieron antes de tiempo por su culpa, ya (¡ó qué cosa tan terrible!) los que se condenaron por su ignorancia.

ADICION.

LOS señores Médicos que tomaron la pluma para impugnar lo que escribí en este Discurso, desahogaron su cólera, sin mejorar su causa. Puedo decir, y lo

lo han dicho otros, que la empeoraron: ya porque los que hacen la guerra con injurias, en eso mismo muestran que carecen de mejores armas; ya porque oponiéndose frecuentemente entre sí en los dictámenes que estampaban, confirmaron abundantísimamente lo que yo habia escrito de la variedad de opiniones que hay en la Medicina. Yo no necesitaba esta confirmacion. Las muchas observaciones que hice despues acá, radicaron en mí mas, y mas el concepto de que la Medicina, del modo que la exerce la mayor parte de los Médicos, mas daña que aprovecha. De cien sangrias (lo mismo digo de las purgas) que se recetan, y executan, las noventa y ocho se fundan sobre principios extremamente falibles, y las dos que restan, no los tienen, sino, quando mas, conjeturales. Sobre lo qual me ha parecido insertar aquí lo que el Erudito Autor del *Tratado de la Opinion*, razona, ya de las purgas, ya de las sangrias en el *tom. 3. lib. 4. cap. 4.*

2 "Chrysipo, y Erasistrato, dice, improbaban el uso de los purgantes. Thesalo los condenaba enteramente. Haced, decia, experiencia en el hombre mas robusto, y sano, dándole una purga; vereis que no habiendo antes en su cuerpo cosa viciosa, lo que evacuará, todo será corruptísimo. De aquí debemos inferir, como cosa indubitable, lo primero, que lo que se evacua no estaba antes en el cuerpo de este hombre, pues él se hallaba muy bueno: lo segundo, que el medicamento hizo dos cosas en este caso: la primera, corromper lo que no estaba corrupto; la segunda, echar fuera lo que conducía á la salud, y robustez de este hombre: Hippócrates comunmente no hacia otra cosa que observar atentamente los enfermos. Conociendo el peligro de los remedios, ordenaba poquísimos. Celso era de dictamen de usar rara vez de purgantes; y elogia á Asclepiades por haber suprimido la mayor parte de los medicamentos; haciendo esta reflexion, que siendo los purgantes enemigos del estómago, y lleno de jugos perniciosos, obraba Asclepiades prudentísimamente, poniendo toda su atencion en el ré-

"gi-

"gimen." Esto en quanto á la purga.

3 En orden á la sangría, despues de referir algunos remedios crueles, que por medio del fuego practicaba Hippócrates, y otro del hierro, que usaban los Médicos del Japon, prosigue así: "Estas prácticas son crueles, pero no igualan el riesgo de las sangrias. Crysipo de Gnido, y Erasistrato, á quien llama Macrobio *el mas illustre de los Médicos*, condenaban totalmente las sangrias. Otros no admitian su uso, sino en caso que una fermentacion violentísima no diese tiempo para usar de otro remedio: Hippócrates no queria que se sangrasen ni los niños, ni los viejos; y prohibia la sangria en las fiebres. Si alguno, dice, tiene úlcera en la cabeza, debe sangrarse, como no padezca calentura. Es oportuno, añade, sangrar á los que pierden repentinamente la habla, como no tengan fiebre.

4 "La sangria (prosigue poco despues) saca el licor mas puro, el humor mas sutilizado que hay en el cuerpo, quitando de las venas lo que ha sido filtrado por todos los canales donde le hizo pasar la circulacion. Otro efecto malísimo de la sangria es deteriorar la sangre que queda en las venas; porque el vacío que hizo, se llena luego de un chilo imperfecto, de una bile acre; y del sedimento de los humores que abundan en un enfermo: toda la materia contenida en el canal pancreático, en el reservatorio de Pecque, en las venas lacteas secundarias, y aun en las radicales, pasa á la cavidad derecha del corazón; y no estando bastantemente preparada, y atenuada, produce una sanguificacion muy defectuosa. La cólera, ó la flema, segun que estos humores dominan; en una palabra, todos los excrementos de la sangre se introducen en las venas en lugar de aquella que les quitó la lanceta. Esto viene á ser lo mismo, que si para purificar el vino de un tonel, se quitase el licor que está arriba, y se dexasen en él todas las heces; ó como si para limpiar un conducto, se le quitase el agua corriente, introduciendo en lugar de ella la agua hedionda de algun vecino charco.

5 "La experiencia es conforme á este discurso. San-

Tom. I. del Teatro.

K

"gre-

»grese un hombre sano muchas veces consecutivamente; »su sangre succesivamente saldrá mas corrompida. ¿ Por »qué la que sale en la primera sangría es buena, y la de »la tercera, ó quarta mala, sino porque las heces de los »humores se mezclaron con la sangre, en lugar de aquella »mas sutil, y pura, que antes extraxo?

6 »Asimismo con las sangrías se altera la accion de los »vasos, que ayuda la circulacion: los espíritus se dismi- »nuyen, y desmayan: la fermentacion se vicia: la sangre »se hace grosera, serosa, cruda, y pesada: toda la má- »quina, atacada ya por la enfermedad, se descompone: »la aversion de la naturaleza por este remedio indica que »le es contrario. Naturalmente se siente horror al ver cor- »rer la sangre, porque ella es principio de la vida.»

7 Hasta aquí el Autor citado, de cuyas razones hará el lector el juicio que mejor le parezca, pues yo no las propongo como concluyentes. Lo que es cierto es, que hay Médicos que nunca, ó casi nunca sangran: otros, que nunca, ó casi nunca purgan: otros, como los Paracelsistas, que ni purgan, ni sangran; y en todas tres clases hay algunos de grandes créditos, y muy aplaudidos por sus aciertos. Tambien es verdad hay algunos de los que purgan, y sangran muy aplaudidos; pero estos purgan, y sangran mucho menos de lo que comunmente se practica: y es de creer que lo executan con otro conocimiento muy superior al de los Médicos ordinarios.

8 Aunque tambien se puede discurrir que el tener estos mejores sucesos, no viene de lo que purgan, y sangran, sino de lo que dexan de purgar, y sangrar, no puedo arrojar de mí una fuerte sospecha contra estos que llaman remedios mayores, fundada no solo en lo que debilitan las fuerzas, mas tambien en que interrumpen, y turban la sabia naturaleza en los rumbos que toma para vencer la enfermedad. En lo que estoy firme es en no tener jamas por Médico bueno, ni aun mediano, al que nunca sabe visitar seis, ú ocho veces consecutivas á un enfermo sin recetarle cosa.

Si

9 Si el mundo quiere creerme, á todo el mundo amonesto, que quando en qualquiera Pueblo se trate de buscar Médico, el informe que principalísimamente, y aun estoy por decir únicamente, se ha de tomar, es si receta poco, ó mucho. Quanto menos recetare, mejor; quanto mas recetare, peor. Es absolutamente imposible que esté dotado de mediano entendimiento Médico que no es escasísimo en recetar. Y es tambien absolutamente imposible que no cometa innumerables homicidios el que receta mucho. Pero acaso esto es hablar á sordos. La buena verba, la audacia, la faramalla, las modales artificiosas, la embustera sagacidad para mentir aciertos, y despintar errores, son las partidas que acreditan en el mundo á los Médicos; y con estas partidas he conocido Médicos, no solo ignorantísimos, pero incapaces, aplaudidos.

10 No puedo menos de lastimarme quando contemplo las groseras trampas con que estos engañan al mísero vulgo. Entre muchas, que tienen estudiadas, dos son las ordinárisimas. La primera es encarecer desde los principios, ya con palabras, ya con visages, la enfermedad como muy grave, aunque sea levísima. Con eso si el enfermo sana, son aplaudidos de haber hecho una gran cura, y si muere, lo son de haber comprehendido á la primera ojeada la gravedad de la dolencia. La segunda es, que habiendo con intempestivos remedios hecho grave la enfermedad que era leve, muy ufanos se glorían: de qué? de que con su sabia conducta han descubierto al enemigo, que estaba oculto, y emboscado; y no es menester mas para que los estúpidos asistentes preconicen su sabiduría por el Pueblo, y aun el mismo enfermo le agradezca el homicidio.

11 Otro error notable, y comunísimo de los Pueblos, perteneciente tambien á la materia de este Discurso, se me ofrece notar aquí; y es el poco aprecio que se hace de la Medicina quirúrgica en comparacion de la pharmacéutica. Pónese mucho cuidado en la eleccion de Médico: para no errarla se toman muchos informes, y se le brinda con un buen salario. Al contrario, á un Cirujano apenas le dan

K 2

con

con que subsistir , y así acetan por tal al primero que se presenta. Digo que es este un notable , y perjudicial error. Si corriese por mi cuenta la direccion de qualquier Pueblo en esta materia , entre un Cirujano de grandes créditos , y un Médico , que en su facultad los tuviese iguales , si con menos interés no pudiese lograr al Cirujano , le aplicaría á este mayor salario , aunque con esta providencia no lograrse al Médico. Esto por dos razones de gran consideracion. La primera , porque la utilidad del Cirujano es evidente , y visible ; la del Médico muy incierta. A cada paso se está viendo que un Cirujano muy diestro cura á sujetos , que sin su asistencia evidentemente morirían ; lo que nunca se puede asegurar de los enfermos que asiste el Médico , como ya en otra parte hemos advertido con autoridad de Cornelio Celso. La segunda razon dimana de la primera ; y es , que los grandes créditos del Cirujano nunca son falaces ; los del Médico freqüentísimamente. Aquellos siempre son produccion de sus aciertos : estos lo son infinitas veces de la osadía , de la astucia , de la verbosidad del Médico , á que concurre tambien á veces el acaso.

12 Es notable la falta de Cirujanos que hay en España ; lo qual sin duda pende de la poca estimacion , y salario que tienen. Aun los pocos que hay buenos , son de una extension muy limitada en orden á las partes de que consta su facultad. De quantos Cirujanos Españoles he conocido , solo uno ví que fuese Algebrista : y es cosa notable , que siendo tan freqüentes las fracturas , luxaciones , y dislocaciones , al que padece algo de esto le hacen recurrir á tal , ó tal hombre del campo , que dicen tiene esa gracia curativa ; siendo así que son ignorantísimos tales curanderos , como yo varias veces he visto , y palpado. Uno de ellos muy acreditado en el País donde vivia , siendo llamado de mí para curarme una pequeña luxacion en un pie , me hizo estar tres meses cabales en la cama , y otro mes mas andar con gran tiento arrimado á un baston.

REGIMEN PARA CONSERVAR LA SALUD.

DISCURSO SEXTO.

§. I.

LOS Médicos saben poco de la curacion de los enfermos ; pero nada saben , ni aun pueden saber en particular del régimen de los sanos , por lo menos en quanto á comida , y bebida. Esta proposicion , que á Médicos , y no Médicos parecerá escandalosa , se prueba con evidencia de la variedad de los temperamentos , á quienes precisamente se conmensura la variedad de los manjares , tanto en la cantidad , quanto en la calidad. El alimento , que para uno es provechoso , para otro es nocivo. La cantidad , que para uno es larga , para otro es corta. Esta proporcion de la cantidad , y calidad del alimento con el temperamento de cada individuo , solo se puede saber por experiencia. La experiencia cada uno la tiene en sí mismo ; ni al Médico le puede constar , sino por la relacion que se le hace. ¿Pues qué , he menester yo acudir al Médico á que me diga qué , y cuánto he de comer , y beber , si él no puede saber lo que me conviene sin que yo primero le participe qué es lo que me incomoda , qué es lo que me asienta bien en el estómago , qué es lo que digiero bien ? &c.

2 Tiberio se reía de los que en llegando á la edad de treinta años , consultaban los Médicos ; porque decia , que en esa edad cada uno podia saber por experiencia cómo debia regirse. De hecho parece que á él le fue bien con esta máxima , pues sin embargo de ser muy destemplado , así en el lecho , como en la mesa , vivió setenta y ocho